

EDITORIAL

Parte aguas, punto de quiebre, antes y después, autoritarismo y democracia. Cualquier análisis histórico y político sobre las implicaciones de los acontecimientos de 1968 para la vida de México está marcado por polos opuestos. Fue un hito que marcó la decadencia de una forma de hacer política que aún tardaría en pulverizarse, y el inicio de un proceso de democratización demandante, sinuoso, enredado y que tuvo en el transcurrir de las décadas siguientes abundantes pilares como aquel del 2 de octubre. Fue una victoria pírrica por entonces para quienes reclamaban cambios y un triunfo amargo para unas fuerzas aplastantes que debieron aceptar su derrota con el paso del tiempo, aunque tras bambalinas y a cuentagotas, tal es el caso de la apertura electoral de 1977. A 50 años de aquella tarde en que “la esperanza fue acribillada por el cinismo”, a decir de Gabriel Said, desde el Estado tres deudas permanecen pendientes: aclarar qué sucedió, juzgar a los responsables, y pedir el perdón a las víctimas.

¿Qué hubiese sido de México sin Olimpiadas diez días después de la represión y el silencio de Tlatelolco? Con el apagón informativo y la propaganda dirigida a ocupar el sitio de ombligo del mundo, una losa de hielo extinguió cualquier intento de discusión inmediata sobre la asfixia generada por unos hombres de Estado ciegos e incombustibles a los reclamos sociales. Jamás hubo diálogo con los estudiantes, que se tuvieron que replegar a las aulas, al menos los que no cayeron detenidos, y vinieron más muertos y sofocamientos de posteriores protestas. Hubo que dirimir otras batallas, pero ya no en las calles sino en los juzgados para liberar a los presos políticos. Si la política no sirvió al Estado para apaciguar el descontento antes del 2 de octubre, como dijo Gustavo Díaz Ordaz, en una entrevista que aquí se reproduce parcialmente, mucho menos era posible luego, una vez arrastrada la disidencia.

Protestas estudiantiles y olimpiadas van de la mano en ese 1968 de violencia y amnesia obligatoria. Hacia allí hemos querido enfocar en este número de *BiCentenario* la mirada retrospectiva sobre los acontecimientos de hace cinco décadas.

Una primera mirada nos acerca al mito y la memoria del movimiento estudiantil construido a partir de testimonios, análisis, investigaciones, conmemoraciones, fotografías, documentales, películas, música, literatura y museografía. La construcción de un relato hegemónico de memoria e identidad que permite escenificar a 1968 como un momento inaugural del México contemporáneo. Por ello muchas de las líneas que aquí se presentan tratan de ver desde expresiones culturales, como la cinematografía y el teatro independientes, entre otras, la manera en que fue madurando una explicación, aunque muchas veces con perspectivas limitadas, como aprecia una de las autoras, y las recurrencias

de no hallar miradas alternativas. 1968 no puede entenderse sin la participación de los jóvenes. Pero, ¿qué tanto los conocemos? ¿Qué tanto sabemos de ellos? Estuvieron los visibles, que lideraban la organización o eran partícipes activos y militantes. Pero también aquellos que se sumaron desde una actividad de bajo perfil, acompañando desde el boteo para recaudar apoyos, quienes salieron a explicar sus reclamos a la sociedad, entre los trabajadores o en zonas rurales. Pero también hubo jóvenes que se oponían de manera organizada, como el caso del MURO, aquellos que formaban parte de las filas del ejército o de las policías, y los desinteresados y ajenos a la protesta y cuyas realidades estaban muy apartadas. Pensamientos e ideas no formaban parte de una uniformidad entre los jóvenes. ¿Qué tanto sabemos de todos ellos más allá del propio fenómeno y sus implicaciones? Hay una heterogeneidad dentro y fuera del movimiento estudiantil que hace muy complejo el mundo de la juventud mexicana de entonces, y de la que poco se sabe.

Las miradas equidistantes sí han estado claras, sin embargo, entre los protagonistas políticos de un lado y otro del conflicto. En dos entrevistas realizadas algunos años después de la confrontación Estado-estudiantes, son notorias las visiones del país en el ex presidente Díaz Ordaz, responsable asumido, incluso con anterioridad como titular de la Secretaría de Gobernación, de reprimir toda expresión de reclamo social; y Heberto Castillo, el profesor que apoyó a los estudiantes y padeció encarcelamiento, y que sin ambigüedades planteaba que en las calles la protesta “cuestionaba al sistema”.

La Olimpiada, y en particular la Olimpiada Cultural, realizada en paralelo a los juegos deportivos, fue pensada como una manifestación creativa alejada de la conflictividad social –diseñada con dos años de anterioridad y con la diplomacia como soporte clave para concretarla–, pero que sirvió políticamente al régimen para enfriar y acallar cualquier manifestación de desencanto. Sus edecanes explicaban al visitante un México de culturas ancestrales, mediante un eficiente ejercicio propagandístico de un régimen que presentaba a un país en paz, moderno, con orden, estable política y emocionalmente, según se definía, y sin “nacionalismos trasnochados”.

1968 deja en la memoria colectiva un movimiento estudiantil que prohió unos de los hitos fundacionales de la democratización del país. Al mismo tiempo, contradictorio, sin duda, 1968 es también la huella de su olimpiada cultural, instrumento para entumecer las expresiones de desencanto y artífice de una identidad visual que perdura hasta el presente con su imagenología, esculturas y espacios arquitectónicos.

Medio siglo después la palabra final no está escrita.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

DR. JOSÉ MARÍA LUIS MORA

Directora General

Dra. Diana Guillén

Director de Investigación

Dr. Juan Carlos Domínguez

Director de Docencia

Dr. Héctor Luis Zarauz López

Director de Vinculación

Dr. Simone Lucatello

Director de Administración y Finanzas

Mtro. Roberto Escobar Caballero

Editora responsable: Ana Rosa Suárez Argüello. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2013-061212050700-203, ISSN 2007-2775, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título No. 14276 y Licitud de Contenido No. 11849, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresión de tiraje en Encuadernaciones Maguntis, S. A. de C. V., Batalla de Calpulalpan, manzana 169, lote 1876, Leyes de Reforma, Delegación Iztapalapa, 09310, Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir en agosto de 2018. Los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Cualquier reproducción de imágenes de monumentos arqueológicos, históricos y artísticos y zonas de dichos monumentos está regulada por la Ley y su Reglamento por lo que deberán tramitar ante el Instituto Nacional de Antropología e Historia el permiso correspondiente.

Se prohíbe la reproducción parcial o total sin la expresa autorización del Consejo Editorial.

Tipografías: Minion Pro, diseñada por Robert Slimbach y Avenir Next por Adrian Frutiger en colaboración con Akira Kobayashi. Para los títulos de los artículos se utilizó la tipografía Antorcha diseñada por Iván Moreno.